

IGNACIO ALDECOA

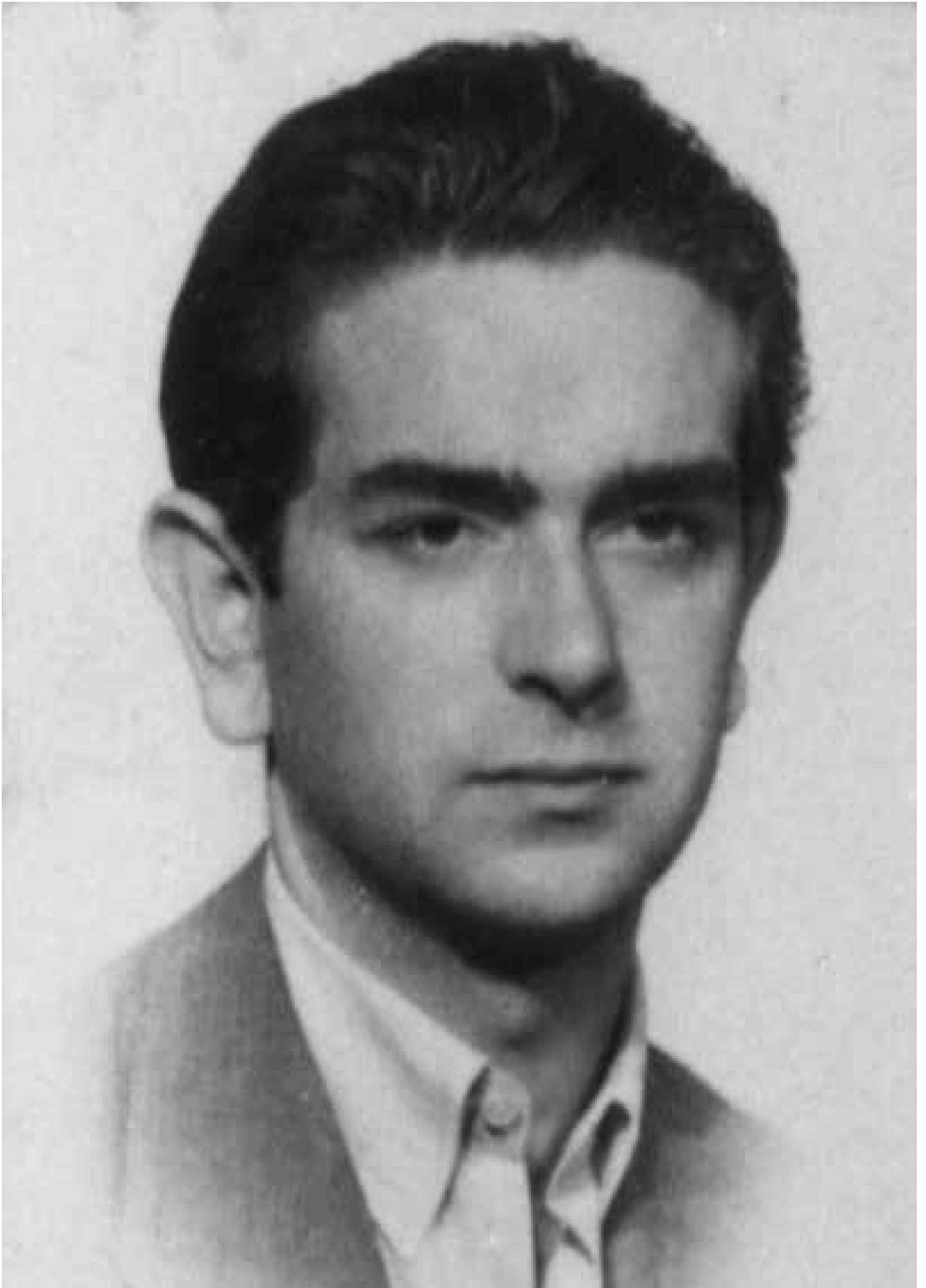
EL OFICIO DE ESCRIBIR

EXPOSICIÓN TEMPORAL

18 / 12 / 2025

14 / 06 / 2026

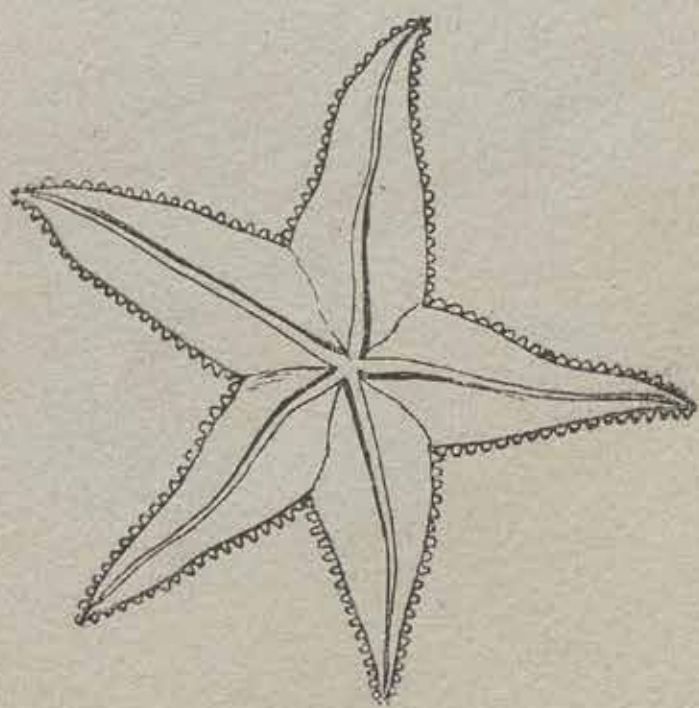
EN JULIO DE 2025 SE HAN CUMPLIDO LOS CIEN AÑOS del nacimiento de Ignacio Aldecoa (Vitoria, 1925 - Madrid, 1969), uno de los más destacados escritores de la llamada «generación de los 50» y, sin duda, uno de los grandes maestros de la novela y del cuento moderno en lengua española, al que se dedica la exposición *Ignacio Aldecoa. El oficio de escribir*.



Ignacio Aldecoa, compañero de universidad de Carmen Martín Gaité. ACMG, 81,156.

JOSE IGNACIO DE ALDECOA

LIBRO DE LAS ALGAS



3
102178

MADRID

1 9 4 9

Libro de las algas,
Madrid : [s.n.], 1949.
BNE, 3/102178.

Su temprana vocación se fue consolidando durante su etapa universitaria –primero en Salamanca, y más tarde en Madrid–, que fue cuando comenzó a colaborar en revistas y periódicos de diferente alcance. Sus primeros trabajos aparecieron en la revista *Cátedra*, de Salamanca, y el diario *Imperio*, de Zamora. A su llegada a Madrid, colaboró en la revista *Industria, comercio y alimentación* comentando libros clásicos de cocina. Pronto decidió dedicarse a la escritura como tarea de vida, dando sus primeros pasos como poeta en la órbita del movimiento postista, con la publicación de dos poemarios –*Libro de las algas* (1947) y *Todavía la vida* (1949). En narrativa destaca con una voz propia y original, capaz de construir universos de ficción que reflejan con agudeza la realidad que le rodea, a la vez que la trascienden. Esa realidad “cruda y tierna”, pero también “triste”, es observada en unos protagonistas a los que no se les priva de su singularidad pero que se convierten en símbolos de la lucha incesante del ser humano por afrontar con dignidad su destino.

Los últimos años de la década del 40 y los primeros de la del 50 serán años de una intensa producción cuentística —más de 50 relatos entre 1948 y 1956— que se prolongará hasta el momento de su fallecimiento en 1969. Esta extensa producción, aparecida en revistas como *La Hora*, *Correo literario*, *Juventud*, *Guía*, *Alcalá* o *El Español*, y en periódicos como *Arriba*, será recogida en 8 libros. Son casi un centenar de excelentes relatos que están a la altura de los mejores cuentos españoles del siglo XX.

... Y AQUÍ, UN POCO DE HUMO

(C U E N T O)

Por IGNACIO ALDECOA

Merendar con doña Ricarda fué siempre divertido. Doña Ricarda tomaba su manzana asada, sobrante del postre de la comida, con modales decimonónicos; luego se olvidaba de los modales y chupaba los pellejos hasta dejarlos transparentes. Andrés la contemplaba entusiasmado haciendo bailar la pierna derecha, apoyada la punta del pie en el travesaño de la mesa, esperando que, como una vez sucedió, se le cayera la dentadura postiza. Doña Ricarda decía:

—Come, Andresito, y estate quieto, que parece que tienes el baile de San Vito.

Andrés comía su pan con miel haciendo que miraba los blocaos de la guerra de Cuba con soldados barbudos, en el tomo de *La Ilustración Iberoamericana*, rigurosamente encuadrado, abierto sobre la mesa. Pero a Andrés no le interesaban los blocaos: a hurtadillas observaba a doña Ricarda.

Después del pan con miel venían las nueces. Los chicos, decía doña Ricarda, para hacerse fuertes, tienen que desayunar café y leche con sopas como los bilbatinos, comer habas con tocino y filetes de cebón con patatas fritas como los leñadores, merendar pan con miel y nueces como los frailes y las ardiilas, y cenar puerros, un huevo duro y chocolate hecho como los centenarios. Si, esto decía doña Ricarda, anciana culta, ordenada y generosa.

Doña Ricarda vivía con su hijo Prudencio, empleado en un Ministerio hacía treinta años, y una sirvienta muy joven llamada Tomasa nacida en Cernégula, por tierras del Cid. Andrés era vecino y, en vacaciones, sus padres le dejaban pasar a hacer compañía a doña Ricarda. Andrés estaba a punto de hacer el ingreso en el bachiller e iba a un colegio donde enseñaban muy bien Religión, Geografía, Historia, Aritmética y Fútbol. Andrés era feliz en casa de doña Ricarda.

Doña Ricarda al término de la merienda contaba historias. Andrés cerraba *La Ilustración Iberoamericana*, llena de migas y pegotes de miel, y se quedaba con la boca abierta. Las historias de doña Ricarda eran de guerra, de miedo y de resignación. Hablaba de las guerras carlistas, de las de África, Cuba y Filipinas, de la de los alemanotes y los soldados del Tigris; hablaba de la muerte, de cómo la muerte llama a las casas cuando quiere entrar o deslizarse tal que un gato o que el viento; hablaba de la resignación que hay que tener si a uno le salen mal las cosas o nunca le toca la lotería o pierde un ser muy querido. Andrés, en casa de doña Ricarda, sentía que todo era mágico, inquietante, misterioso.

El pan con miel y las nueces, acompañados de braseo, de agua con azúcar y del bisbeo de doña Ricarda, en trance de oración, antes de las historias, sabe a antiguo con un sabor de desvalimiento y ternura, tiene calor de regazo. Andrés se acercaba en sí mismo. Andrés imagina que a los franceses los manda un tigre con cabeza de hombre, que África, Cuba y Filipinas son países donde los españoles matan monjes y comen plátanos, que las guerras carlistas son una carrera sin parada, de un lado a otro, con un fusil, una manta y unas alpargatas de repuesto. La muerte es una señora muy alta, muy alta, muy delgada, muy delgada, vestida de negro y apoyada en un bastón con puño de muletilla que le sirve para llamar en las puertas. A la muerte dedicaba cada sesión doña Ricarda cosa de un cuarto de hora.

—La muerte—decía doña Ricarda—se las sabe todas. Inventan los médicos, por ejemplo, un medicamento contra la gripe, pues mira, Andresito, la muerte saca a relucir la disentería. En Cuba mató más de los nuestros la disentería, que es un cólico muy fuerte, que los mambises.

—¿Quiénes eran los mambises?

—Interrumpía Andrés.

Doña Ricarda explicaba teológicamente quiénes eran los mambises.

—Los mambises, hijo mío, eran los propios diablos salidos de los infiernos, a los que Dios permitía luchar contra los españoles para probarlos.

El niño hacía con gravedad afirmaciones de cabeza.

—La muerte—seguía doña Ricarda—llega a la puerta de esta casa, mira si hay signos pintados en la pared. ¿Tú no pintarás en el portal, verdad Andresito?

Andresito se escalofriaba.

—No, no, doña Ricarda.

—Bueno, la muerte ve si hay signos. Si los hay sube por las escaleras. Se para en el primer piso. Nada. Sigue subiendo. Se para en el segundo. Nada. Sigue subiendo. Se para en el tercero...

El niño le imploraba aterrado.

—Doña Ricarda, en el tercero no, que vivimos nosotros.

—Pero, hijo, la muerte se para en todos los pisos—hacía una pausa—.

Bien. Bien, en el tercero, nada. Sigue subiendo. ¿Que en toda la casa no hay signos como los del portal?

Pues se escapa por el tejado en forma de humo. Y a otra casa. Y así desde el principio de los siglos hasta el día del juicio final.

—Y si hay signos?—preguntaba Andrés en voz baja y secretera.

—Si hay signos en un piso llama a la puerta con su bastón. Si da un golpe es que pasado un día, a la una de la mañana morirá alguien en aquel cuarto. Si da dos golpes es que visitará la casa dos veces ese año: una por el otoño y otra a finales de invierno.

—Doña Ricarda, ¿y si los que viven en la casa no la quieren recibir, cierran las puertas y ventanas y no abren a nadie aunque llamen?

Doña Ricarda movía la cabeza a un lado y a otro y, patéticamente, aseguraba.

—Inútil. La muerte se metería como una carta por debajo de la puerta.

Tomasa, la sirvienta, se pasaba el día a la escucha. Por el ventanuco de la cocina vigilaba quiénes subían y bajaban las escaleras. Por eso Tomasa fué a anunciar, a la habitación donde Andrés y doña Ricarda hablaban de la muerte, la llegada de los padres de éste.

—Doña Ricarda, los padres del...—titubeó—del señorito Andrés ya están aquí.

—Bien.

Andrés se subió las medias, que se había bajado por el calor del braseo.

—Doña Ricarda, voy, pero vuelvo en seguida.

—Bien, Andresito.

—Adiós, doña Ricarda.

El niño salió corriendo. Se oyó resaca de un cerrojo. Después el ruido de la puerta.

—Tomasa—dijo doña Ricarda—, quite todo esto, cierre bien la puerta y póngase a planchar.

—Sí, señora.

Doña Ricarda sacó un libro de rezos de entre sus faldas y se colocó las gafas.

El reloj de la mesilla de noche, en el silencio de la habitación, crispaba al enfermo. Andrés tenía fiebre alta. Tío, uno, tío, dos, tío, tres, tío, cuatro... La lámpara arrojaba una luz de crepúsculo, de pequeño crepúsculo, colocada en el suelo, a los pies de la cama. El niño estaba desazonado. Tío, uno, tío, dos, tío, tres...

—Mamá, mamá...

—¿Qué, hijito? Estoy aquí.

—Llévate ese reloj. Me da miedo.

—¿Que te da miedo?

—Sí, mamá, las pisadas del reloj... Llévatelo...

La madre cogió el reloj y salió de la alcoba. En el pasillo se topó con su marido.

—¿Qué, Esther? ¿Por qué grita el niño?

—Está delirando. Dice que oye las pisadas del reloj.

El padre inclinó la cabeza.

La madre abrió la puerta.

—¡Ah! ¿es usted, doña Ricarda?, creí que era la muchacha. Ha salido hace un rato a la farmacia y todavía no ha vuelto.

—¿Qué tal Andresito? El timbre de esta puerta no funciona.

—Andrés no está nada bien. Pero pase, pase.

En su habitación, Andrés observaba por un huequillo de las sábanas.

Vió entrar a doña Ricarda, alta, erguida, vestida de negro, apoyada en su bastón con puño de muletilla. Traía *La Ilustración Iberoamericana* debajo del brazo. No era la muerte. No podía ser la muerte. Nunca pudo imaginar que doña Ricarda se pareciese tanto a la muerte.

—Andresito, ¿qué tal estás? Te traigo *La Ilustración*.

Andrés sonrió.

—No hay signos en la puerta.

A doña Ricarda se le olvidaban las cosas que contaba a Andrés.

—¿Qué dices, Andresito, hijo?

—Que no hay signos.



—Bonitas Navidades con el niño así.

—No te preocupes, Miguel, ya se pondrá bueno.

El padre se asomó a la alcoba. El niño estaba medio amodorrado. Entró. Le pasó la mano por la frente. Andrés abrió los ojos.

—Papá, me duele aquí.

—Descansa, hijo. Dentro de dos días estarás bueno.

—Papá, llama a doña Ricarda. Dile que venga a verme.

—Sí, hijo. Ahora se lo diré.

Dile que me traiga *La Ilustración*.

—Duérmete. En cuanto te duermas paso a avisarla.

Miguel besó a su hijo. En la puerta cuchicheó con su mujer.

—Le ha subido la calentura. Quiere que avisemos a doña Ricarda.

—Yo iré.

La puerta fué cerrada con sigilo. Andrés lloraba silenciosa, dolorosamente.

Lágrimas grandes, espaciadas, como gotas primeras de tormenta, mojaban su almohada. Luego dejó de llorar. Pasó el tiempo.

Andrés despertó de pronto. En la puerta había sonado un golpe. La madre salió de la habitación. Andrés gritó. Andrés se tapó la cara con el embozo de la sábana.

—Mamá, no abras. Mamá, no abras.

La madre abrió la puerta.

—¡Ah! ¿es usted, doña Ricarda?, creí que era la muchacha. Ha salido hace un rato a la farmacia y todavía no ha vuelto.

—¿Qué tal Andresito? El timbre de esta puerta no funciona.

—Andrés no está nada bien. Pero pase, pase.

En su habitación, Andrés observaba por un huequillo de las sábanas.

Vió entrar a doña Ricarda, alta, erguida, vestida de negro, apoyada en su bastón con puño de muletilla. Traía *La Ilustración Iberoamericana* debajo del brazo. No era la muerte. No podía ser la muerte. Nunca pudo imaginar que doña Ricarda se pareciese tanto a la muerte.

—Andresito, ¿qué tal estás? Te traigo *La Ilustración*.

Andrés sonrió.

—No hay signos en la puerta.

A doña Ricarda se le olvidaban las cosas que contaba a Andrés.

—¿Qué dices, Andresito, hijo?

—Que no hay signos.

La madre intervino.

—Descansa, Andrés.

Luego le arregló la cama y salió con doña Ricarda.

Andrés hundió la cabeza en la almohada y se quedó dormido.

Fueron unas Navidades sin Nacimiento las de Andrés. La víspera de Reyes, a mediodía, se levantó de la cama. Anduvo por el pasillo, vacilante. Dijo dos o tres veces que se le había olvidado andar. Fué al recibidor y pegó la frente al cristal empañado de la ventana. La madre le regañó. El pasó la mano por el cristal y vió la calle. No había nieve. Vió los árboles cercanos brillando al sol. Vió un día frío y luminoso. Vió un gorrión dando saltitos por el bordillo de la acera. Vió pasar un automóvil. Después se sentó a plomo en un sillón.

Llegó su padre. Le besó. Le guiñó confidencial un ojo.

—Andrés, mañana son Reyes. Tú me dirás lo que quieras.

—Comprame una pistola de corcho explosivo. Comprame una navaja de explorador. Comprame, también, unos mapas de calcar que he visto en...

—Esta tarde saldré a comprarlos. Andrés contó en la mesa. Comió desganado. Le costaba tragar la comida. A los postres la madre le dijo:

—Si quieres pasar esta tarde a ver a doña Ricarda lo puedes hacer, siempre que te abrigues mucho. En la escalera hace frío.

El niño afirmó vagamente, pero por la tarde tuvo sueño y se acostó. Al despertar le sorprendió su padre con los regalos.

—Aquí tienes lo que me has pedido. Los mapas, la navaja de explorador, la pistola y estos libros de aventuras que yo añadí.

—Gracias, papá.

Andrés ordenó los regalos sobre la cama. Los contempló. Luego cogió un libro y lo abrió. Leyó: «Whiskey Dick, si no era por todos conceptos una escolta irreproachable, era, por lo menos, un excelente jinete.» Metió la pistola bajo la almohada. Abrió la navaja por su hoja más grande. «Whiskey Dick, sacando su tabaco de mascar, »

Andrés se estiró placenteramente en la cama.

Llevaba mediada la novela cuando su madre le trajo el café con leche de la cena. Pasada media hora le apagó la luz. Andrés tardó mucho en dormirse pensando en Whiskey Dick y en el Vado del Diablo.

El día de Reyes por la tarde, Andrés fué a visitar a doña Ricarda. Doña Ricarda le felicitó por su restablecimiento. Le encontró más delgado. Opinó que había crecido.

—Has dado un estirón, hijo. Estas hecho un hombre.

Luego añadió:

—¿Qué te han echado los Reyes? Y sin dejarle responder, continuó: Aquí también han venido. Algo te han traído. Tomasa, traiga lo que han dejado los Reyes.

Los Reyes habían dejado para

Andrés un juego de arquitectura y dos libros: *Los tres hermanitos de la Talaquera* y *Lecturas para niños*.

—¿Te gustan?—le preguntó doña Ricarda.

Andrés no tuvo más remedio que contestar:

—Sí, doña Ricarda.

—Bueno, bien. Pues como ya es muy tarde, vamos a merendar. Tomasa, la merienda.

Merendar con doña Ricarda no fué divertido. Merendaron frutas en almibar, turrón y un vaso de leche.

Andrés estaba inquieto y no le sabían bien ni las frutas ni el turrón.

Empezó a calcular que las cosas tenían que suceder por riguroso turno.

Merienda, bisbeo de rezos, por fin historias. ¿Qué aburrida historia contaría doña Ricarda?

—Las Navidades—comenzó doña Ricarda—son fiestas muy antiguas. Cuando yo era como tú, en casa de mi abuela, poníamos un nacimiento muy grande. Cogíamos en el jardín muérdago...

Doña Ricarda esperó inútilmente la pregunta de Andrés. Desconcertada, cambió de tema.

—Recuerdo que una Navidad, hará de esto cincuenta años o más, aquí mismo, en Madrid, un hombre se quedó helado de pie por pasar-se la noche de vigilancia para que los anarquistas...

Hizo un silencio a la expectativa de la reacción de Andrés. Andrés aplió los libros, con base en la caja de arquitectura. Se puso en pie y pretextó a doña Ricarda una disculpa para ausentarse. Doña Ricarda quedó cortada. No le respondió de palabra. Movió la cabeza. Extendió las manos sobre la mesa. Andrés se despidió. Caminó despacio por el pasillo. Abrió con cuidado la puerta. Doña Ricarda no llamó a Tomasa. Se quedó anonadada, triste, lacrimosa. Lentamente se fué recuperando.

—Tomasa, ven aquí.

Tomasa apareció con una bandeja en sus manos, gordas y coloradas.

—Tomasa, siéntate.

Doña Ricarda hizo un esfuerzo.

—Tomasa, la muerte se las sabe todas. Tomasa, la muerte llega a la puerta de esta casa, mira si hay signos pintados en la pared. ¿Tú no pint...? ¿Tomasa, quite todo esto, cierre bien la puerta y póngase a planchar!

Cuando la sirvienta se fué, una lágrima apretada como un puño se deslizó, vacilante, por el gran surco de la mejilla derecha de doña Ricarda. Suspiró.

Luego sacó un libro de rezos de entre sus faldas y se colocó las gafas.

Sobre la cómoda chisporroteaba, a punto de apagarse, una mariposa encendida a una imagen: Vaciló unos momentos. Luego naufragó. Una columna de humo surgió de la lamparilla. Whiskey Dick soplabla, frente a Andrés, medio tumbado en un sillón, el cañón de uno de sus revólveres humeantes.



«Y aquí un poco de humo». *Correo literario*. BNE, Z/2438.

LAS CUATRO BALADAS EXTRAÑAS

CRONICA GEOGRAFICA E INGENUA PARA SOÑADORES

Fué así: cuatro juglares venturosos, andarines, cardinales y locos, tropezaron sus vidas en la "Venta de Paja, vinos y comidas" de Pascual Millán, en el cogollo de la Bureba. Venían: el uno, de la temblorosa Galicia, disfrazado de afilador, con una uraña gigante disimulada en la rueda del oficio; otro, del rincón bastantes, romántico y esquivo, con cinco medias lunas de hoces y un guadañón polviarcol; el tercero, de la aventura levantina, fingiéndose mago, con un alto costal a las espaldas hinchado de buhonerías y de chupaletrinas; el último, de los charcos quemados en miserias de Carmona —en la baja Andalucía— a las fiestas bravas y nacionales de Navarra, trínero y jaculator, con la caja de limpiabotas en bandolera de indisciplina.

Los cuatro juglares eligieron una mesa sacramental y neruda de fregoteos, a la orilla del portatillo, cara al campo, cara a la plenitud de la tierra; los cuatro pidieron, sacerdotales en su pobreza, pan y vino. Después, de sus zurroneos camineros sacaron la compaña, lardo sacó el gallego, un tocado de acidos; queso el andaluz, resaca de ahorrros; palabras el mago, florido de gorrionerías, y cebollas el andaluz, por frugalidad explicable. Y comieron y hablaron.

Pascual Millán les sirvió un azumbre de vino y una hopaca. Y se contaron sus vidas hasta el atardecer.

Hablaba, como un trasego de buen vino, el afilador, que contaba sus desdichas por hijos y sus esperanzas por celemines de maíz. Joven había salido de su tierra a las Américas y tronchado volvió a trabajar, sin más de unos miles de reales en el fondo del baúl; miles de reales que pronto se comieron cuatro bocas que le esperaban, tras las fallos de una mujeruca, que parecía hecha de tierra. Harto y desengañado, mejor que engañado, se fué por los caminos con el diminuto juego de infierno de la rueda de afilar; y allí estaba, digno y pobrete, recordando para los compañeros hechos y palabras americanos de sonido metálico.

Se distendía en conjunciones el bilingüe segador, apenas entendido y apenas lógico, hasta que se calló, quién sabe si de lo terriblemente agudado que tenía los ojos.

El buhonero hablaba de todo, conocía de todo: hablaba de Portugal, y de Africa y de Cataluña. Contaba que su padre fué un hombre de dinero, que se lo había gastado, que la volvió a ganar, que la volvió a perder. Contaba, con palabras cazadas en los periódicos, sus viajes, sus negocios, sus enamoramientos. El limpiabotas le miraba fijamente, asombrado, y deseando que terminase para echar su parrafillo. Pero hacía calor y el tocino pesaba y el vino era dormilón y las palabras pirotécnicas no encontraban su lugar.

El juglar gallego se quedó dormido, abrazándose la cabeza, temeroso de que se la robasen; el juglar bastanés se echó hacia atrás, la porta sobre los ojos, la boca entreabierta, la nariz como una rara turbina absorbiendo el aire, y el cuello curtido, maduro, tendido como un haz, bueno para sus hoces y guadaña. Después de un rato, el mago se tumbó en el banco, cara a la pared, apoyada la cabeza sobre su morral, tirándose el cuerpo en su blusón acardenillado. Por fin, el limpiabotas, sólo una libélula sucia, se salió a la sombra de los árboles a echarse despreocupadamente sobre el tepé, importándole poco la cierta humedad de la tierra, adolescente el estío todavía.

Los cuatro juglares soñaban. El afilador, abigarradamente, con respaldos de cinestros de tormenta, con bonanzas llenas de velocidad en las altas montañas; se le venía el sueño, hacia abajo, de leyendas de billetes, nuevos, falsos, poderosos y amigos del recelo. El insecto despreocupado, dormido a pierna suelta, charlaba y alborotaba.

De aquellas cuatro sueños se despegaron pocas cosas: un sobresalto, un mínimo frunce de las comisuras labiales, la contracción de una mano, el tacleo instantáneo de unos dedos. No había ningún misterio, sería mentir el afirmarlo; no hubo ningún cambio que presagiase algo nuevo, aunque remoto, que se acercara o al que nos asomásemos; no hubo ni el correr de un gato, ni la fecundación de una moeta, ni el estampido del canto de un gallo, ni siquiera la precisa expansión fecal de un gorrioncillo. Todo quedó encantado, como en los cuentos honrados e infantiles; todo quedó fijado por un soplo, tal vez por una linterna, en un solo momento. Y así surgieron cuatro extrañas baladas.

Llama el escritor, más por orden literario que por necesidad, "El murciélago azul" a la primera. Y es así:

Creo que me senté en un taburete, junto al perro; mi abuelo siempre ocupaba el lugar cercano al gato. En el lar había buena lumbré de matojos secos. Llovía a cántaros. A mí me gustaba oír la lluvia desde el buhardillón, que nos servía de granero; pero me agradaba más olerla. No me dejaban subir allí, porque allí guardaban las manzanas y temían que me comiera alguna.

Estaba atardeciendo. Me habían encargado que cuidara el pucherillo. Mi abuelo, dormido o no dormía, ¿qué sé yo? Tenía los ojos cerrados. Los ojos de mi abuelo eran legañas y atroces, parecían úlceras de las que

Por Ignacio de ALDECOA

se hacen en las manos con el frío y el estiercol. No tenía pestañas, y el rojo vivo de las párpalos contrastaba con la casi falta de color de los ojos, siempre cerrados; por eso nunca se sabía si dormía o no dormía; y éste era por entonces la mayoría de los días mi problema.

Era un gallegazo que se echó a los carlistas a los diecisiete años y que luego hizo la guerra de Cuba porque le dió la gana, pasada ya la cuarentena. Nunca salió de pobre; hablaba poco y mal; quiero decir que blasfemaba.

Se me estaban yendo los pies hacia el granero, y me fui. Yo, entonces, hacía lo que me daba la gana y pensaba que siempre lo podría hacer. ¿Qué equivocado estaba!

En el granero, lo primero que hacía era descalzarme, luego me echaba sobre el trigo y empezaba a jugarlo con los pies. Me divertía.

Por el ventanuco se veía flover y un aroma cereal y húmedo me embargaba. Debajo de las tejas, entre las vigas, había infinidad de murciélagos.

Un amigo mío, que ahora tiene una buena hacienda en Puebla, me contó un día que en el mundo hay un solo murciélago azul, y que aquel que lo cogiese tendría fortuna y bienandanza. No sé por qué me dió por eso, y pienso si sería la luz del atardecer o si tal vez fuera mi codicia; lo cierto es que me puse a huscarlo y lo encontré.

Andaba yo revolviendo con las manos bajo las tejas, nervioso y dominado, por lo que hice multitud de goteras, que mis buenos pallos me costaron. Salían los murciélagos dando grititos y pegándome, en su torpe vuelo, con sus harapos de alas en la cara, y de pronto lo tuve al alcance de mis dedos. Era el más pequeño, podría afirmar que del tamaño de un botón de mi chaqueta. Me acuerdo como si lo estuviera viendo; tenía los ojillos rojos y todo él era azul; casi lo cogí, pero no lo cogí. Todavía andaban revoloteando y ninguno que yo viera saltó a la intemperie. Andaban revoloteando a saltitos, subiendo una invisible escalera. Y él, sólo él, el murciélago azul, fué el que se escapó por la ventana. Lo vi como se iba en la lluvia haciendo guñadas, burlándose de mi fortuna. Así estuve mucho tiempo, empapándome de agua y de aombro, y después de tristesa.

Recogí mis abaracas y bajé al lado de mi abuelo; el agua del pucherillo hervía y hacía unos ruidos como los chillidos de los murciélagos, y me quedé, junto al perro, medio dormido. Mi abuelo me despertó con la garrota, que no abandonaba para nada, e imaginé que todo lo había soñado. Al día siguiente, cuando mi padre subió al granero, pude asegurar que no fué un sueño, porque las goteras me costaron lo mío.

El que debió coger el murciélago azul, en Puebla o en cualquier otra parte, según creo yo, fué mi amigo. Y el murciélago azul bien puede que fuera una americana rica con la que se casó. Y me pregunto si es verdad la mala estrella desde niños, porque después de lo del granero nada me salió a derechas.

Y sigamos. El escritor afirma que tal vez se deba nombrar a la segunda balada, por razones de lunatismo amoroso y de ensueño, "La flor en la luna". La balada es así:

Bajé a Lecarosa. Buen vino había en aquel tiempo. El mocero andaba revuelto y las mozas se pegaban a las ventanas de caloroso. Los buyes mugían alto.

Lo vi bailando. No sé si fué el vino; tal vez. A él le di muchos y muy buenos golpes. Ella se marchó a su casa a llorar.

A la noche, cuando tiraba para el caserío, contando las piedras del camino, se me ocurrió tumbarme en un helechal. Desde allí la vi; se asomaba por la luna, sonriendo. Estuvimos hablando mucho rato. Las nubes eran sus hermanos y la robaron. Me levanté y seguí adelante. El ganado ya salía a pastar. Ahhh, la luna, lunaaaaaach!

Uno siente que el romántico segador, muy a su pesar, no contara las revueltas de su enamoramiento en las vueltas del camino. Uno, como siempre, siente el haberse perdido una vieja balada primera, amorosa y sencilla; y siente también una especie de desilusión, de grave desilusión, que no puede remediar.

El escritor titula a esta otra balada "Viaje a una esmeralda". Y cuando lo ha hecho de este modo, sus razones tendrá. Y gira así:

La habitación de aquella posada la compartía con dos compañeros del oficio. Era alta, alargada y queda; digo con esto que no poseía ventana para oír ruidos, ni puerta con montante de cristal para escuchar canciones seriales del pasillo. La habitación gozaba de una soledad de lugar en aquella casa, que yo siempre he de agradecer al arquitecto. La habitación estaba pintada al temple, de color ocre y con una trepa azul de bastante mal gusto. Dormíamos en camastro. Teníamos un lavabo, un lavabo parecido a un insecto y miles de insectos parecidos al lavabo, que trágaban como él y que pestiaban con un marcado tono negrueco; y un gigantesco crucifijo y dos sillas, la una sana y la otra quebrada.

Aquella noche saltamos los tres a formalizar un trato con un oficial vidriero, que nos iba a vender piedras de Bohemia procedentes del hurto. Le compramos tres bolsones de piedras mezcladas, en las que abundaban las esmeraldas. Luego formalizamos el trato mediante unas copitas que se sirvió pagar.

Discutimos, según costumbre entre nosotros, el cómo se haría la repartición. Sé que las piedras mezcladas son de difícil venta, y por eso les dije a mis compinches que lo mejor era que yo me quedase con las esmeraldas, abonándoles a ellos la diferencia en peso.

Y nos pusimos a separar las esmeraldas de las otras piedras. Yo llevaba la cuenta, por entretenirme, de las piedras, que iba echando en un capazo, pero aquello era aburrido y cansado y hasta algo lúgubre. Unas veces tenía la impresión de que contaba dientes, y otras, de que contaba ojos; el vino, ya se sabe, hace esto y mucho más. Eramos tres lapidarios de juguete, tres bellacos jugando a la fortuna falsa de aquellos cristales.

El consorcio, el tabuco, lo antes dicho, me adornaban; y, paradójico, me sentía más ligero y creco que hasta alado.

Estaba solo. La habitación era una esmeril-



do antigua, se alargaba, se curvaba un poco; parecía una hoja de junco; el Cristo se había transformado en un pájaro verde, maravilloso; se arrancó de la cruz y se echó a volar. Miles de esmeraldas las chinches; el lavabo andaba, las sillas saltaban a la pala coja o a las dos patas cojas. ¿Soñé que soñaba o simplemente soñé? Ahora me pregunto si sueño.

Dentro de la esmeralda todo era fantástico; yo me repartía por todas partes, yo me asomaba a la ventana luminosa de una cara, de un tinglado de caras, de un día verde, de una noche verde, de un sueño, de otro, de otro. Soñé que estaba muerto y que el pájaro verde se me había posado en el esternón, extendía las alas y me penetraba en las tinieblas interiores.

Acabó aquello a la mañana siguiente, cuando me desperté.

Yo se sonríe el que esto escribe con el anuncio de la balada andaluza. Ya se sonríe, aunque no la conozco, porque sabe que los andaluces son de natural gracioso. La denomina, de un modo perfectamente intuitivo, "El hombre que dialogaba con sus dedos". Y comienza la risa.

Nada más nacer, hablé o, por lo menos, hice tal intento. Nada más cumplir los trece años, me pusieron a trabajar como una mula en un molino acritunero, y callé o, por lo menos, lo intenté, aunque más de cuatro palabras rotundas se me escapasen. Después nunca he tenido ocasión propicia para hablar, por mi oficio y por mis patizanos. A mí me gusta hablar por hablar, exactamente como los pájaros cantan. Toda mi felicidad se limita a esto. Pero no hay forma ni manera, ni gente que me escuche, por eso hablo con mis dedos, como hacen los niños de teta, casi los de tetras y las monjas de clausura, se-

gún cuentan. Ellos les ponen nombres tradicionales, pero ridículos; yo los he bautizado con los nombres de los amigos que hubiera querido tener. Y soy feliz.

Cuando me enfado con alguno de ellos me paso una semana sin dirigirle la palabra. Luego me reconcilio, y se acabó.

Una vez, en un pueblo de los alrededores de Madrid (pueblo del que el vecindario tiene fama de ser el más bruto de la Península) me corrieron a pedradas porque decían que estaba loco. La verdad es que, estando sentado bajo un árbol charlando con mis dedos, acertaron a pasar unos muchachos. Digo que acertaron, cuando verdaderamente desazertaron, aunque luego me acertasen con las piedras y con algunas otras cosas. Me rompieron un dedo, al que le tengo asignada una pensión. Es un mutilado y hoy que converso con él para entretenerlo.

Desde aquel episodio, sólo hablo con ellos cuando voy de viaje o por la noche, cuando estamos perfectamente solos. Trabajando, además, su conversación me espantaba a los clientes y me retardaba en la labor.

Sueño desde hace mucho tiempo con convertirme en dedo, aunque temo que entonces los compañeros me relegarían al extremo méjico y no me dejarían tomar parte más que en las conversaciones de tono puramente infantil. Así, pues, me voy defendiendo y no tengo por qué quejarme.

Se fueron despertando los juglares. El primero, el gallego; se quitó su turbante de brazos y repasó sus cosas. Se entristeció.

Después, el bastanés; volvió a la realidad con centuplicada cara de payaso y se sonrió, tontolín.

Sobresaltado, el mago; recordando su calma y su donaire presto, se arregló su blusón con aire de emperador.

Luego entró el andaluz con cara de haber pasado un buen rato.

Pagaron la cuenta.

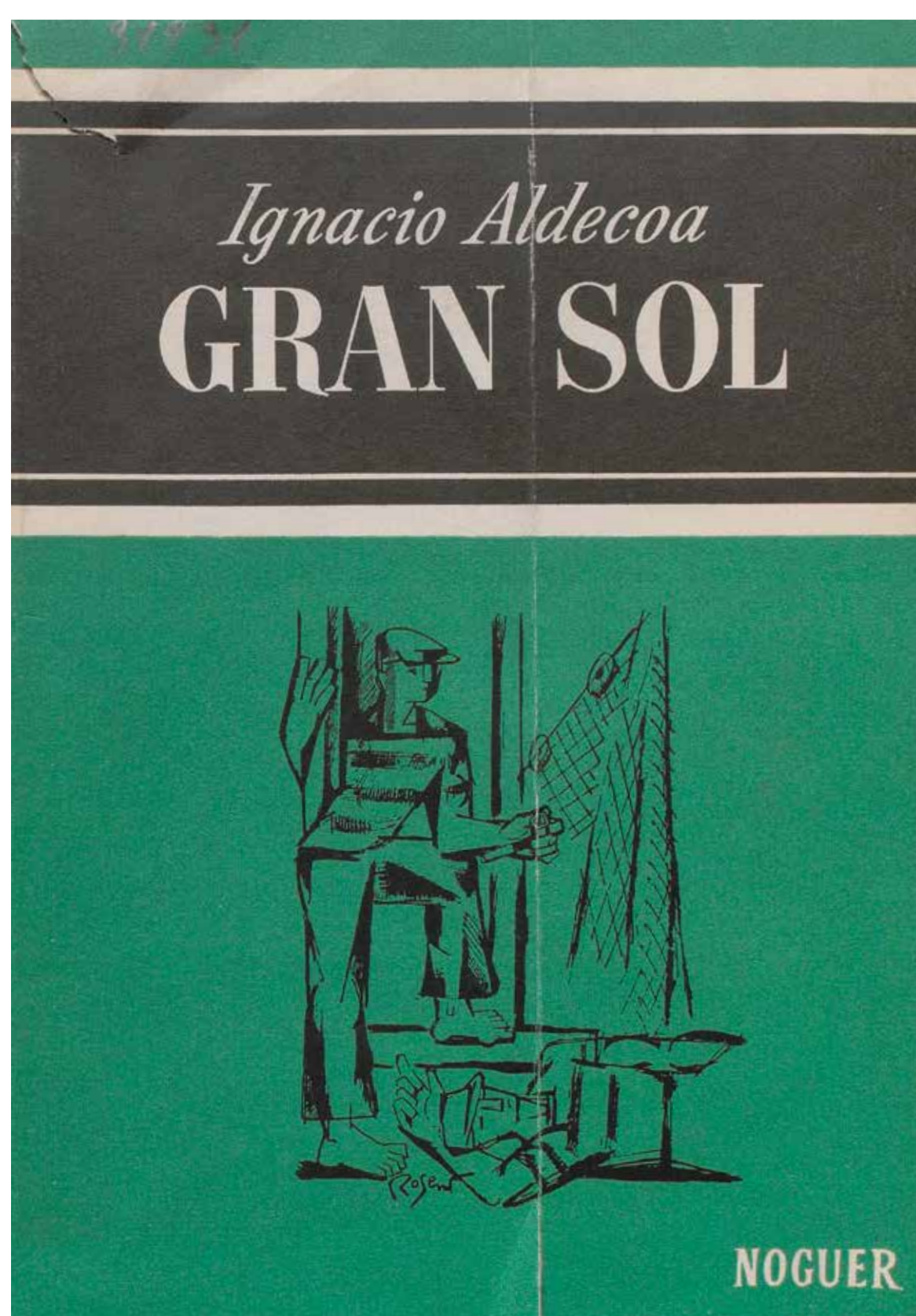
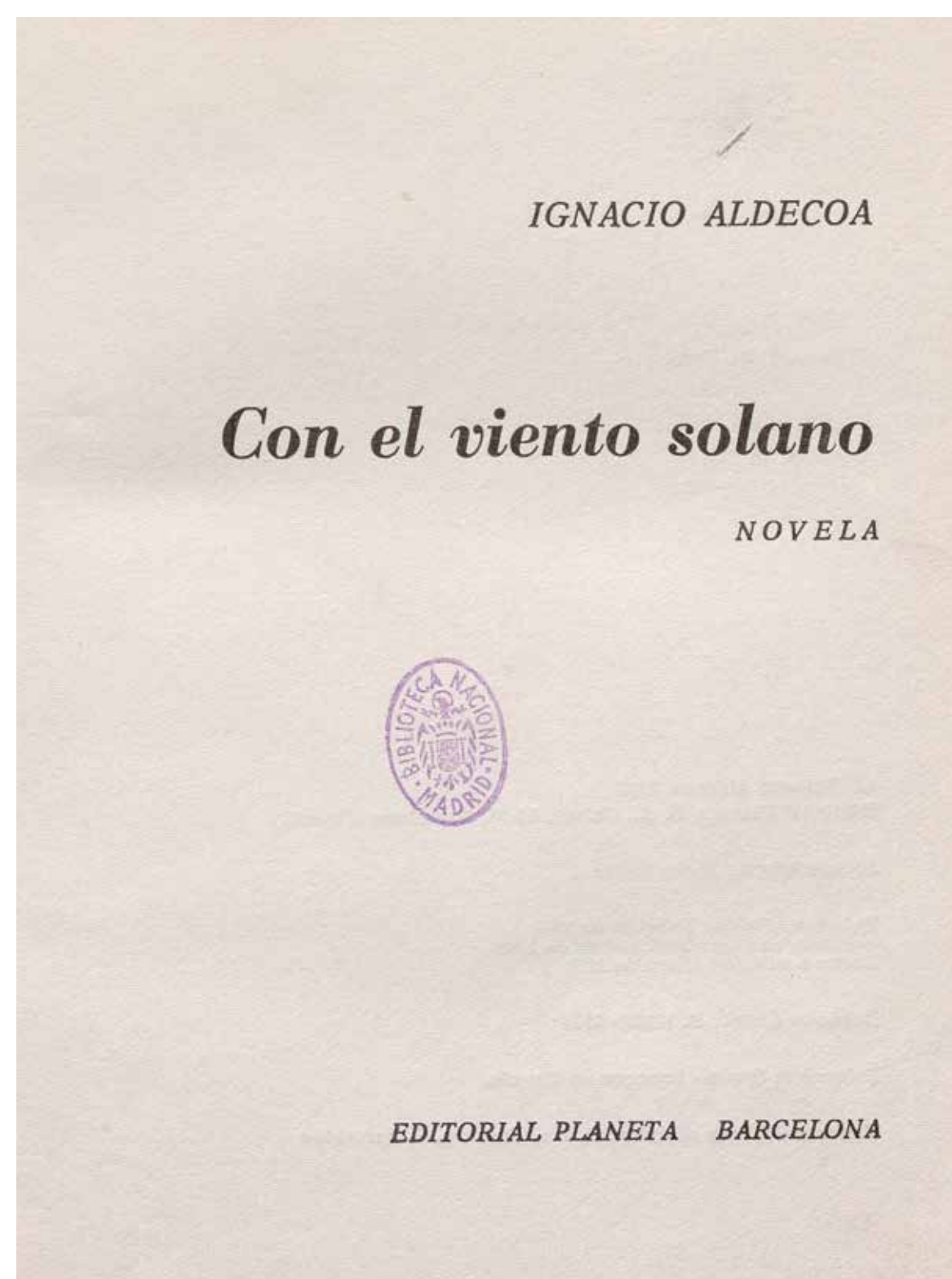
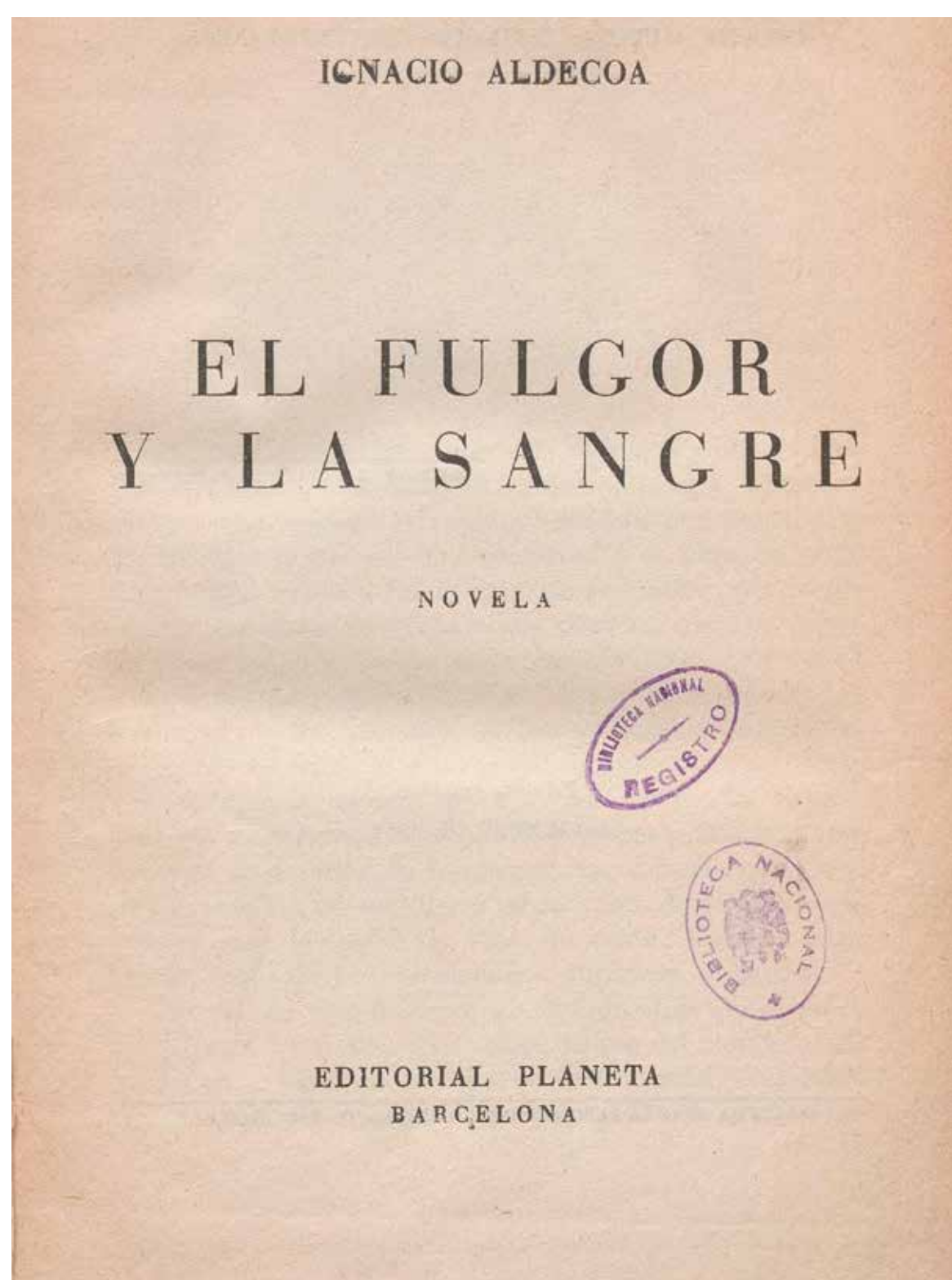
La tarde tenía un tinte litúrgico y noble, que los pájaros matizaban con sus vuelos. Abrió el mago la carreta de su navaja para cortar una cuerdilla pendona que le sobraba del costal, y llegó la Semana Santa. Hizo unos ochos con la cuerda y guardó en un bolsillo. Se echó al hombro la carga y caminó hacia

«Las cuatro baladas extrañas: crónica geográfica e ingenua para soñadores». Correo literario. BNE, Z/2438.

Antonio Rodríguez-Moñino, y dirigida por Ignacio Aldecoa, Alfonso Sastre y Rafael Sánchez Ferlosio. La revista fue un fracaso económico, y aunque de difusión minoritaria, supuso un espacio de libertad creadora, una ventana abierta al mundo donde los lectores pudieron descubrir algunos ejemplos de lo que se estaba escribiendo en España y en el extranjero.



Ignacio Aldecoa, con Josefina y su hija Susana.
ARCM. Fondo Martín Santos Yubero, 12523_2.



El fulgor y la sangre,
Barcelona: Planeta, 1954.
BNE, 7/22578.

Con el viento solano,
Barcelona: Planeta, 1970.
BNE, 7/83149.

Gran sol,
Barcelona: Noguer, 1957.
BNE, 7/31931.

Esta etapa coincide con el arranque del Aldecoa novelista, que escribirá en 1952 una primera novela corta, *Ciudad de tarde*, finalista del Premio Café Gijón, e inédita en su mayor parte, y una novela larga en 1953, *El Gran Mercado*, también inédita. Finalmente publicará en 1954, 1956 y 1957 tres grandes novelas –*El fulgor y la sangre*, *Con el viento solano* y *Gran Sol*, respectivamente. La primera fue finalista del premio Planeta en 1954, que ganó en esa ocasión Ana María Matute, y la tercera obtuvo el Premio de la Crítica en 1958. *Parte de una historia*,

para algunos críticos su mejor novela, llegará a las librerías en 1967. En el cajón se quedaron otros textos como *Los pozos*, o *Años de crisálida*, en los que estaba trabajando cuando le sorprendió la muerte y a los que el autor se refirió en varios momentos como libros ya terminados, pero de los que no sabemos nada.



Ignacio Aldecoa en Lanzarote, principios de los años 1960.
Cortesía de Susana Aldecoa, MG/7509.

Esta exposición ofrece un amplio recorrido por la trayectoria personal y literaria de un escritor que gustaba definirse como un simple «narrador de historias». La muestra permitirá a los visitantes conocer a Aldecoa, desde su formación a su consolidación como escritor, sin olvidar su relación

con el cine, su pasión por el mar, por los viajes y por ciertos territorios, entre los que destacan las islas –Ibiza, y Lanzarote y La Graciosa –, o Nueva York, recuperando una parte imprescindible y fundamental de nuestra tradición literaria y de un patrimonio cultural que es de todos.



Ignacio y Josefina en Nueva York, 1958.
Cortesía de Susana Aldecoa, MG/7526.

IGNACIO ALDECOA

EL OFICIO DE ESCRIBIR

Del 18 de diciembre de 2025
al 14 de junio de 2026

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA
Sala Jorge Juan
Paseo de Recoletos, 20
28001 Madrid
91 580 78 00 – 91 580 78 03/48
info@bne.es / www.bne.es

De lunes a sábado, de 10:00 a 20:00 h.
Domingos y festivos, de 10:00 a 14:00 h.

Entrada gratuita y libre hasta completar el aforo

Visitas con guía de la BNE:
se requiere inscripción previa

Visitas de grupo, con o sin guía propio, (de 5 a 15 per-
sonas): se requiere inscripción previa

Información e inscripciones en: www.bne.es/agenda

Aforo limitado

Metro: línea 4, Colón y Serrano
Autobuses: 1, 5, 9, 14, 19, 21, 27, 37, 45, 51, 53, 74, 150
Cercanías: Recoletos

NIPO: 191-25-008-9

Organizan



Colaboran

